

La Lluvia De Peces

ANTHONY GILDERT

LA LLUVIA DE PECES



LA
LLUVIA DE PECES
YORO HONDURAS

Copyright © 2025 Anthony Gildert

Todos los derechos reservados.

ISBN: 9798311354981

LA LLUVIA DE PECES

DEDICATORIA

Durante casi 40 años, he tenido el privilegio de trabajar, conversar y compartir momentos con amigos de habla hispana de España y de muchos países de América Latina: México, Honduras, Colombia, Venezuela, Argentina, Uruguay, Paraguay, Chile y Perú. Estas conversaciones no solo mejoraron mi conocimiento del idioma, sino que también enriquecieron mi vida con nuevas perspectivas, amistades y una comprensión más profunda de culturas diversas.

Hablar otro idioma es como vivir varias vidas. Cada lengua que aprendes transforma la manera en que piensas, sientes y ves el mundo. Con cada conversación, se abren puertas a nuevas experiencias, lecciones y relaciones que duran toda la vida.

Dedico este libro a todos mis amigos con los que he compartido palabras y momentos a lo largo de estos años. También lo dedico a quienes están empezando su propio viaje en el aprendizaje del español, con la esperanza de que encuentren en este idioma la misma riqueza y alegría que yo encontré..

CONTENIDO

Agradecimientos

1	Un viaje inesperado	1
2	Rumores de un milagro	6
3	Llegada a Yoro	12
4	El mercado de colores	18
5	Las historias del abuelo	23
6	El día esperado	29
7	La tormenta y la sorpresa	34
8	Un regalo de la naturaleza	41
9	Despedida con el corazón lleno	48
10	Un recuerdo inolvidable	55

Acerca Del Autor

AGRADECIMIENTOS

Quiero expresar mi más sincero agradecimiento a Amanda Schultz, quien vive en Honduras y ha sido una fuente de inspiración y apoyo en la creación de La Lluvia de Peces.

También agradezco a mi familia por su paciencia y constante respaldo, así como a mis amigos por sus valiosas ideas y sugerencias.

Un reconocimiento especial a los lectores que están dando sus primeros pasos en el aprendizaje del español. Espero que este libro les ayude a disfrutar del idioma y a descubrir la alegría de aprender algo nuevo cada día.

LA LLUVIA DE PECES



1 UN VIAJE INESPERADO

La familia Mendoza vivía en un pequeño pueblo en el occidente de Honduras, rodeado de montañas verdes y ríos cristalinos. Su vida transcurría con tranquilidad. Los padres, don Samuel y doña Teresa, eran personas trabajadoras, dedicadas a la agricultura y al pequeño negocio familiar de venta de productos artesanales. Sus hijos, Camila de doce años y Andrés de catorce, ayudaban en casa después de la escuela y disfrutaban de la vida al aire libre.

Una tarde, mientras cenaban juntos en la mesa de madera que había pertenecido a sus abuelos, don Samuel dejó su cuchara sobre el plato y miró a su esposa con una sonrisa misteriosa.

—Teresa, tengo una sorpresa para todos. —
dijo con entusiasmo.

LA LLUVIA DE PECES



Los niños se miraron entre sí con curiosidad.

—¿Qué pasa, papá? —preguntó Andrés, ansioso.

—He hablado con mi primo Juan en Yoro y nos ha invitado a visitarlos la próxima semana.

—¿A Yoro? —exclamó Camila con los ojos muy abiertos—. ¿No es ahí donde ocurre la lluvia de peces?

Doña Teresa asintió con una sonrisa.

—Exactamente. Y Juan dice que, según los ancianos del pueblo, pronto podría suceder de nuevo.

El rostro de los niños se iluminó con emoción. Habían escuchado muchas historias sobre el fenómeno, pero nunca imaginaron que tendrían la oportunidad de verlo con sus propios ojos.

—Pero, papá, ¿es real? —preguntó Andrés, aún incrédulo—. ¿De verdad llueven peces del cielo?

Don Samuel se encogió de hombros.

—Eso es lo que dicen los habitantes de Yoro. Algunos creen que es un milagro, otros piensan que hay una explicación científica. Lo cierto es que es un evento único en el mundo.

Doña Teresa intervino.

—Lo importante es que será una gran oportunidad para conocer otra parte de Honduras, convivir con la familia y aprender sobre la cultura y la historia de Yoro.

Los niños no podían contener su emoción.

—¡Vamos a hacer las maletas! —gritó Camila, saltando de la silla.

Doña Teresa rió y los detuvo con un gesto de la mano.

—Todavía falta una semana. Pero podemos empezar a prepararnos.

Durante los días siguientes, la casa se llenó de expectativas y emoción. Los niños preguntaban a sus amigos y profesores si sabían algo sobre la lluvia de peces. Algunos contaban historias increíbles, otros eran escépticos.

Cuando llegó el día del viaje, la familia se levantó temprano. Empacaron ropa cómoda, una cámara para documentar la experiencia y algunas provisiones para el camino. Subieron a su vieja camioneta y emprendieron la ruta hacia Yoro.

Mientras avanzaban por la carretera, el paisaje cambiaba poco a poco. Dejaban atrás su pequeño pueblo y se adentraban en una región de colinas onduladas, campos de maíz y pueblos pintorescos.

—Miren qué hermoso es nuestro país — comentó doña Teresa, admirando las montañas cubiertas de niebla.

—Sí —dijo Camila—, a veces olvidamos lo afortunados que somos de vivir en un lugar tan bonito.

Andrés, sin apartar la vista de la carretera, preguntó:

—Papá, ¿cuánto falta para llegar?

—Todavía un par de horas. Pero en el camino haremos una parada en un mercado. Quiero que prueben las frutas exóticas de esta región.

La idea encantó a los niños. No sabían que este viaje les traería más que una simple aventura: sería una experiencia que cambiaría su forma de ver el mundo.

2 RUMORES DE UN MILAGRO

El sol estaba en lo más alto cuando la camioneta de los Mendoza se detuvo en la entrada de un mercado al aire libre. Las pequeñas casetas de madera estaban cubiertas con coloridos toldos que protegían a los comerciantes del calor. Un aroma dulce flotaba en el aire: el perfume de las frutas maduras, el café recién molido y el maíz tostado en braseros de barro.

Camila y Andrés bajaron del vehículo con entusiasmo. Para ellos, visitar mercados siempre era una aventura. No solo podían probar alimentos que no veían todos los días, sino que también podían escuchar historias de los vendedores, quienes conocían secretos y leyendas de la región.

—Miren esas piñas —dijo Camila, señalando una pila de frutas doradas—. ¡Son enormes!

—Y estas guanábanas —añadió Andrés—. ¿Las han probado antes?

Doña Teresa asintió con una sonrisa.

—Cuando era niña, mi abuela preparaba jugo de guanábana con leche y azúcar. Es delicioso.

Mientras exploraban el mercado, don Samuel conversó con algunos comerciantes sobre la carretera a Yoro y las condiciones del tiempo. Fue entonces cuando una mujer mayor, con el cabello recogido en un pañuelo colorido, se acercó con una expresión intrigante.

—¿Van para Yoro? —preguntó con un tono que hizo que toda la familia le prestara atención.

—Sí, señora —respondió don Samuel—. Vamos a visitar a unos familiares.

La mujer asintió lentamente y luego bajó la voz.

—Dicen que la lluvia de peces está cerca.

Los ojos de los niños se agrandaron de asombro.

—¿Cómo lo sabe? —preguntó Camila.

La anciana sonrió, mostrando algunas arrugas

LA LLUVIA DE PECES



profundas en su rostro.

—He vivido muchos años en estas tierras, niña. Cuando el cielo se oscurece sin aviso, cuando el aire huele diferente, cuando las aves vuelan inquietas... es porque algo grande está por suceder.

Los Mendoza intercambiaron miradas.

—¿Usted ha visto la lluvia de peces? —preguntó Andrés, intrigado.

—Tres veces en mi vida —respondió la mujer—. No hay explicación que lo justifique, pero todos en Yoro saben que ocurre. Dicen que es un regalo del cielo, una bendición para el pueblo.

Camila se estremeció.

—¿Y siempre pasa después de una tormenta?

La anciana asintió.

—Una tormenta fuerte, con rayos y truenos. Cuando termina, el suelo queda cubierto de peces plateados.

Los niños se quedaron en silencio, imaginando la escena.

—Bueno, pronto lo veremos con nuestros propios ojos —dijo don Samuel—. Esperemos

que la naturaleza nos regale ese espectáculo.

La anciana les deseó buen viaje y la familia continuó su recorrido por el mercado. Compraron algunas frutas frescas, pan de yuca y una bolsa de café cultivado en la región. Antes de marcharse, Andrés miró una última vez hacia la mujer, que los observaba con una sonrisa misteriosa.

Ya de vuelta en la camioneta, los niños no podían dejar de hablar sobre lo que habían escuchado.

—Si de verdad llueven peces, será lo más increíble que hayamos visto en nuestra vida —dijo Camila.

—Tal vez haya una explicación científica —comentó Andrés—, pero igual es fascinante.

—Lo descubriremos pronto —dijo don Samuel, poniendo en marcha el vehículo.

El viaje continuó entre montañas verdes y pequeños pueblos llenos de casas coloridas. A medida que se acercaban a Yoro, el cielo comenzó a cambiar. Una brisa fresca entró por las ventanas y nubes grises aparecieron en el horizonte.

Camila se abrazó los brazos.

—Mamá, ¿crees que lloverá esta noche?

Doña Teresa miró por la ventana y sonrió.

—Tal vez sí. Y si la señora del mercado tenía razón... podría ser una lluvia especial.

Y con esa idea en mente, la familia Mendoza continuó su camino, cada vez más cerca de descubrir el misterio de la lluvia de peces.

3 LLEGADA A YORO

La carretera serpenteaba entre colinas verdes y bosques espesos. A medida que la familia Mendoza avanzaba, la humedad en el aire aumentaba, y el cielo se tornaba de un azul más profundo. Se acercaban a Yoro, un lugar envuelto en historias, donde la gente aseguraba haber sido testigo de un fenómeno inexplicable: la famosa lluvia de peces.

—Ya casi llegamos —dijo don Samuel, señalando un letrero de madera al costado de la carretera que decía: “Bienvenidos a Yoro”.

Los niños, emocionados, se asomaron por las ventanillas. El pueblo no era muy grande, pero tenía un encanto especial. Las casas eran de adobe y madera, muchas con techos de tejas rojas y balcones llenos de flores de colores

brillantes. La plaza principal estaba rodeada de árboles frondosos, y en el centro se erguía una iglesia de piedra con una fachada antigua pero bien cuidada.

—Es hermoso —comentó Camila con admiración.

—Miren toda la vegetación —añadió Andrés—. Parece que aquí todo crece con más fuerza.

—Es porque la tierra es fértil —explicó doña Teresa—. Dicen que la lluvia de peces no es lo único especial de Yoro. También es una región donde la naturaleza se expresa con todo su esplendor.

Cuando la camioneta llegó a la casa de Juan, el primo de don Samuel, este salió a recibirlos con una gran sonrisa. Era un hombre de mediana edad, con la piel curtida por el sol y la energía de alguien acostumbrado a la vida al aire libre.

—¡Familia! ¡Bienvenidos a Yoro! —exclamó con entusiasmo.

Después de los abrazos y saludos, Juan los llevó al interior de su casa, una construcción sencilla pero acogedora. En el patio, había

LA LLUVIA DE PECES



gallinas correteando y un perro dormitando bajo la sombra de un árbol de mango.

—Deben estar cansados del viaje —dijo Juan—. Pero primero, vengan a ver algo.

Intrigados, los Mendoza lo siguieron hasta el fondo del jardín. Allí, junto a una hamaca, había una mesa de madera con un viejo álbum de fotos. Juan lo abrió y señaló una imagen en blanco y negro.

—Esta foto es de 1975, cuando mi abuelo vio la lluvia de peces por primera vez.

Los niños se inclinaron para observar. En la imagen, se veía un grupo de personas recogiendo pequeños peces del suelo empapado por la lluvia.

—¡Es increíble! —exclamó Andrés.

—Y esto —continuó Juan, pasando la página— es del año pasado.

En la siguiente foto, tomada en color, aparecían niños sosteniendo peces plateados en sus manos, con expresiones de asombro.

—Ocurre casi todos los años —dijo Juan—. Pero nunca sabemos exactamente cuándo. Solo cuando el viento cambia y el cielo se oscurece sin

razón aparente, es que sabemos que algo está por pasar.

Camila sintió un escalofrío de emoción.

—¿Crees que pasará mientras estemos aquí?

Juan sonrió y miró al cielo, donde unas nubes grises comenzaban a acumularse en el horizonte.

—Tal vez. Pero mientras tanto, disfruten de Yoro. Hay mucho por conocer.

Después de un almuerzo delicioso con tortillas caseras, frijoles y queso fresco, Juan los llevó a dar un paseo por el pueblo.

Los Mendoza recorrieron la plaza principal, donde los vendedores ofrecían frutas tropicales, pan recién horneado y coloridas artesanías. La gente era amable y hospitalaria, saludando a los visitantes con sonrisas sinceras.

Luego caminaron hasta una pequeña colina desde donde se podía ver todo el valle. El sol de la tarde bañaba el paisaje con una luz dorada, y en la distancia, el río Yaguala serpenteaba entre los campos.

—Es un lugar lleno de vida —dijo doña Teresa, respirando el aire puro.

Juan asintió.

—Yoro es especial. No solo por la lluvia de peces, sino por su gente y su naturaleza. Aquí aprendemos a vivir con gratitud.

Mientras el sol comenzaba a ocultarse, el grupo regresó a casa. El viento soplaba con más intensidad y el aire tenía un aroma diferente, como si la lluvia estuviera cerca.

—Mañana podríamos ir a ver el río —sugirió Juan—. Quizás descubramos más sobre este misterio.

Los niños asintieron emocionados.

Esa noche, mientras se preparaban para dormir, Camila y Andrés escucharon el sonido del viento agitando las hojas de los árboles.

—¿Crees que lloverá mañana? —susurró Camila desde su cama.

Andrés miró por la ventana, donde las nubes se acumulaban en el cielo oscuro.

—No lo sé —respondió—. Pero algo me dice que este viaje será inolvidable.

Y con esa idea en la mente, cerraron los ojos, sin saber que la naturaleza estaba a punto de sorprenderlos.

4 EL MERCADO DE COLORES

El sol apenas había comenzado a iluminar el cielo cuando Camila y Andrés se despertaron con la emoción de un nuevo día en Yoro. Afuera, el canto de los gallos y el murmullo del viento en los árboles anunciaban el inicio de la jornada.

—¡Levántate, Andrés! —dijo Camila, sacudiendo a su hermano—. ¡Hoy vamos al mercado!

Andrés se frotó los ojos y bostezó.

—¿Tan temprano?

—¡Sí! Mamá dice que los mercados son más bonitos por la mañana. Además, quiero probar todas las frutas que no conocemos.

Después de un desayuno de café, tortillas y huevos revueltos con frijoles, la familia Mendoza

LA LLUVIA DE PECES



salió de la casa con Juan, quien los guió por las calles empedradas hasta llegar al mercado central de Yoro.

Desde lejos, el lugar se veía lleno de vida. Puestos de madera alineaban las calles, cubiertos con toldos de colores que protegían a los comerciantes del sol. El aire estaba impregnado de olores deliciosos: café recién molido, pan dulce y frutas tropicales.

—¡Qué bonito es esto! —exclamó Camila, maravillada por la variedad de colores y sonidos.

—Aquí encontrarás de todo —dijo Juan con una sonrisa—. Vamos, les mostraré mis lugares favoritos.

El grupo se adentró en el mercado. En un puesto, un vendedor ofrecía piñas doradas con su aroma dulce flotando en el aire. En otro, una mujer vendía mangos jugosos y plátanos maduros.

—¡Prueben esto! —dijo Juan, tomando un pedazo de sandía de una bandeja—. Es la mejor sandía de la región.

Los niños tomaron un bocado y sus ojos se iluminaron.

—¡Está deliciosa! —dijo Andrés con la boca llena.

—Aquí las frutas tienen más sabor —comentó doña Teresa—. Será por la tierra, el clima... o el cariño con que las cultivan.

Luego llegaron a un puesto de flores. Un hombre mayor, con un sombrero de paja, arreglaba ramos de colores brillantes.

—¡Miren estas flores! —exclamó Camila—. Nunca había visto unas tan hermosas.

El florista sonrió y les entregó una pequeña flor de pétalos violetas.

—Se llama guaria morada —dijo—. Es una de las más queridas en Honduras.

Doña Teresa inhaló su aroma con admiración.

—El mercado no solo tiene comida, sino también mucha cultura —dijo don Samuel—. Cada cosa aquí tiene una historia.

Mientras caminaban, escucharon a un grupo de personas conversando sobre la lluvia de peces.

—Dicen que podría suceder esta noche —susurró una mujer.

—El viento ha cambiado —añadió un hombre

mayor—. Y los pájaros han estado inquietos desde ayer.

Los Mendoza se miraron entre sí.

—Parece que cada vez más personas lo creen —dijo Andrés en voz baja.

—No podemos hacer más que esperar —respondió Juan—. Pero mientras tanto, disfruten del mercado.

Pasaron el resto de la mañana explorando, probando dulces típicos y comprando recuerdos. Antes de regresar a casa, el florista les regaló un pequeño ramo de guarias moradas.

—Para que recuerden Yoro —les dijo con una sonrisa.

Camila sostuvo las flores con cariño.

—Creo que nunca olvidaremos este lugar.

Y con el corazón lleno de alegría, la familia Mendoza dejó el mercado, sin saber que la verdadera magia de Yoro aún estaba por revelarse.

5 LAS HISTORIAS DEL ABUELO

Después de regresar del mercado, la familia Mendoza se instaló en el patio de la casa de Juan para descansar. El calor de la tarde era agradable, y el aire estaba impregnado con el aroma de las flores y el café recién preparado.

Mientras los niños mordisqueaban trozos de mango y piña, Juan llamó a su padre, don Efraín, un hombre de cabello blanco y piel curtida por los años de trabajo en el campo. Se movía con la calma de alguien que había visto muchas cosas en la vida y tenía una sabiduría natural.

—Papá, los niños quieren escuchar sobre la lluvia de peces —dijo Juan—. ¿Por qué no les cuentas tus historias?

Don Efraín sonrió y se sentó en una mecedora de madera, apoyando sus manos sobre un

LA LLUVIA DE PECES



bastón tallado.

—Ah, la lluvia de peces... Sí, la he visto muchas veces en mi vida —dijo con voz pausada—. Pero la primera vez que la vi fue cuando tenía la edad de ustedes.

Camila y Andrés se acomodaron en el suelo, ansiosos por escuchar.

—Era una tarde como esta, cálida y tranquila. Nadie sospechaba que esa noche pasaría algo fuera de lo común. Pero entonces, el viento cambió. No era un viento fuerte, pero traía un olor diferente, como a mar. Mis abuelos decían que ese era el primer aviso.

Los niños intercambiaron miradas.

—¿A mar? —preguntó Andrés—. Pero aquí estamos lejos del océano.

Don Efraín asintió.

—Sí, por eso es tan extraño. Nadie sabe cómo llegan los peces. Algunos creen que los trae el viento desde algún río lejano, otros dicen que es un milagro.

—¿Y qué pasó esa noche? —preguntó Camila con los ojos muy abiertos.

El abuelo suspiró, recordando.

—Esa noche, la tormenta llegó de repente. Llovió con fuerza, los truenos retumbaban en las montañas y el cielo se iluminaba con relámpagos. Todos en el pueblo se quedaron en sus casas, esperando que pasara la tormenta.

—¿Y después? —preguntó Andrés.

—Cuando la lluvia se calmó, algo increíble ocurrió —continuó don Efraín—. Al amanecer, las calles estaban llenas de pequeños peces plateados, aún vivos, saltando entre los charcos de agua. La gente salió con canastas para recogerlos y llevarlos a casa. Fue una bendición para el pueblo, porque muchas familias necesitaban alimento.

Los niños escuchaban con asombro.

—¿Y esto ha pasado muchas veces? —preguntó Camila.

—Sí, a lo largo de los años —respondió don Efraín—. A veces una vez al año, otras veces pasa dos veces. Pero siempre después de una gran tormenta.

Doña Teresa intervino con curiosidad.

—¿Y alguna vez han encontrado una explicación científica?

Don Efraín se encogió de hombros.

—Algunos dicen que los peces viven en ríos subterráneos y que la lluvia los saca a la superficie. Otros creen que son arrastrados por tornados de agua desde alguna fuente lejana. Pero nadie ha podido explicarlo con certeza.

Juan sonrió.

—Y aunque los científicos intenten explicar el fenómeno, la gente de Yoro lo sigue viendo como un regalo del cielo.

Camila miró al abuelo con admiración.

—Me gustaría ver eso con mis propios ojos.

El anciano miró al horizonte, donde el cielo comenzaba a oscurecerse.

—Tal vez tengan suerte. Esta noche podría ser especial.

Los niños sintieron un escalofrío de emoción.

Esa noche, cuando se acostaron, el viento comenzó a soplar con más fuerza. En la distancia, los primeros truenos retumbaron en las montañas.

—¿Y si de verdad pasa? —susurró Camila desde su cama.

Andrés miró por la ventana, donde los

relámpagos iluminaban el cielo.

—Entonces, mañana veremos el milagro con nuestros propios ojos.

Y con esa idea en mente, los niños cerraron los ojos, esperando que la tormenta trajera consigo el misterio de Yoro.

6 EL DÍA ESPERADO

La noche transcurrió entre ráfagas de viento y truenos que iluminaban el cielo sobre Yoro. Dentro de la casa, la familia Mendoza dormía con la expectativa de lo que podría suceder al amanecer.

Cuando los primeros rayos de sol atravesaron las ventanas, Camila fue la primera en despertar. Se incorporó de un salto y corrió hacia la ventana. El suelo aún estaba húmedo por la tormenta, pero desde su habitación no podía ver nada inusual.

—¡Andrés! ¡Despierta! —susurró, sacudiendo a su hermano.

—¿Qué pasa? —respondió él, frotándose los ojos.



—Hay que salir. Tenemos que ver si pasó.

Ambos se vistieron rápidamente y bajaron las escaleras. En el comedor, sus padres ya estaban despiertos, tomando café con Juan y don Efraín.

—Buenos días, niños —los saludó doña Teresa—. ¿Durmieron bien con la tormenta?

—Sí, pero queremos saber si pasó —dijo Andrés ansioso—. ¿Hubo lluvia de peces?

Juan sonrió y se levantó.

—Solo hay una manera de averiguarlo. Vamos al pueblo.

La familia salió de la casa y caminó hacia la plaza central. En el camino, notaron que muchas personas ya estaban en las calles, algunas con cubetas y otras con sonrisas de emoción.

—Creo que algo pasó —susurró Camila.

Cuando llegaron a la plaza, la escena que encontraron los dejó sin aliento. En las calles húmedas, entre los charcos de agua, había cientos de pequeños peces plateados, aún vivos, moviéndose con suaves coletazos.

—¡Es real! —exclamó Andrés, maravillado.

Camila se agachó y tocó uno de los peces. Estaba fresco y resbaloso, como si acabara de

salir de un río.

—Pero... ¿de dónde vienen? —preguntó en voz baja.

—Ese sigue siendo el gran misterio —dijo don Efraín, con una sonrisa sabia—. No hay un río cerca, pero aquí están, como siempre.

Las personas del pueblo comenzaron a recoger los peces con cuidado. Algunos los llevaban a casa para cocinarlos, otros los devolvían al río más cercano.

—Dicen que si los recoges con gratitud, traerán buena fortuna —comentó una anciana mientras llenaba su canasta.

Doña Teresa miró la escena con admiración.

—Esto no es solo un fenómeno, es parte de la identidad de Yoro.

Don Samuel asintió.

—Y es una lección sobre la generosidad de la naturaleza.

Los niños ayudaron a recoger algunos peces y, al hacerlo, sintieron una conexión especial con la tierra y con el pueblo.

—Nunca olvidaré este momento —dijo Camila.

Andrés asintió, observando el cielo despejado.

—Ahora entiendo por qué la gente dice que esto es un regalo del cielo.

Y así, entre charcos, risas y asombro, la familia Mendoza vivió una experiencia que quedaría grabada en sus corazones para siempre.

7 LA TORMENTA Y LA SORPRESA

El cielo comenzó a oscurecerse nuevamente al caer la tarde. Aunque la tormenta de la noche anterior había dejado una sensación de frescura en el aire, la brisa que soplaba ahora era distinta. No era el viento común que anunciaba una lluvia cualquiera, sino una brisa densa y cargada de humedad, como si trajera consigo un mensaje secreto de la naturaleza.

La familia Mendoza estaba sentada en el patio de la casa de Juan, reflexionando sobre lo que habían presenciado esa mañana. Ver los peces en las calles de Yoro había sido una experiencia increíble, pero al mismo tiempo, la incógnita de su origen los mantenía pensativos.

—¿Por qué solo sucede aquí? —preguntó Camila, rompiendo el silencio.

LA LLUVIA DE PECES



Don Efraín, sentado en su mecedora, tomó un sorbo de café y miró el horizonte con calma.

—Algunas personas creen que este es un lugar especial, bendecido de alguna manera —dijo con su voz pausada—. Otros piensan que es un fenómeno natural que aún no comprendemos del todo.

Andrés frunció el ceño, mirando las nubes que se acumulaban en el cielo.

—Debe haber una explicación científica —murmuró—. No puede ser magia.

Juan sonrió.

—La ciencia y la fe no siempre están en desacuerdo, Andrés. A veces, la naturaleza tiene formas de sorprendernos que aún no entendemos.

Un trueno retumbó en la distancia, haciendo eco en las montañas. Todos levantaron la vista al cielo.

—Parece que se avecina otra tormenta —comentó doña Teresa—. ¿Es normal que llueva tanto en esta época?

Juan asintió.

—Sí, en esta región las lluvias pueden ser

frecuentes. Pero hay algo en el aire hoy... algo diferente.

Los Mendoza sintieron un escalofrío de emoción y anticipación.

—Tal vez veamos otra lluvia de peces —dijo Camila con entusiasmo.

—O tal vez algo aún más impresionante —agregó don Efraín enigmáticamente.

La tormenta comienza

Al caer la noche, el viento se intensificó. Las hojas de los árboles crujían y el aire se volvía cada vez más denso. Un relámpago iluminó el cielo por un segundo, seguido de un trueno tan fuerte que hizo vibrar la tierra bajo sus pies.

—Será mejor que entremos —sugirió don Samuel.

Todos se apresuraron a entrar en la casa. Desde la ventana, observaron cómo la lluvia comenzaba a caer, al principio en gotas finas y luego en un aguacero torrencial.

El sonido del agua golpeando el techo era hipnótico. Cada pocos minutos, un relámpago iluminaba la sala, proyectando sombras fugaces en las paredes.

—Es una tormenta fuerte —dijo doña Teresa, mirando con preocupación hacia afuera.

—Sí, pero no es solo una tormenta —dijo Juan en voz baja—. Esta es una de esas noches en las que puede ocurrir el milagro.

Andrés y Camila sintieron cómo la adrenalina recorría sus cuerpos. Miraban por la ventana con los ojos muy abiertos, esperando ver algo extraordinario.

El misterio se revela

Horas después, cuando la lluvia comenzó a amainar, Juan se puso de pie y tomó un paraguas.

—Vamos —dijo con decisión—. Si va a suceder, será ahora.

Sin dudarlo, la familia Mendoza se colocó impermeables y salieron a la calle. La tormenta había dejado grandes charcos en el suelo y el aire olía a tierra mojada y a algo más... algo que no podían describir del todo.

Caminaron hasta la plaza central, donde algunos habitantes de Yoro ya se habían reunido. A pesar de la oscuridad de la noche, los faroles de la calle iluminaban lo suficiente para ver lo que sucedía.

De pronto, Camila se detuvo en seco.

—¡Miren! —exclamó, señalando el suelo.

Allí, en medio de un charco, un pequeño pez plateado se retorció débilmente. Luego vieron otro. Y otro.

—¡Está ocurriendo otra vez! —gritó Andrés con emoción.

Los peces no caían directamente del cielo en ese momento, pero estaban por todas partes en el suelo, como si la lluvia los hubiera depositado suavemente. Algunos aún estaban vivos, moviéndose entre los charcos.

—Es increíble... —susurró doña Teresa, recogiendo un pez con delicadeza.

Los habitantes del pueblo comenzaron a recogerlos con calma, como si se tratara de un ritual sagrado. Nadie tomaba más de los que necesitaba, y muchos los llevaban de vuelta al río cercano.

—Siempre hemos creído que estos peces son un regalo —dijo un anciano del pueblo—. Por eso los compartimos y los devolvemos al agua.

Camila y Andrés ayudaron a recoger algunos peces y los llevaron con cuidado al río.

—Es como si el pueblo y la naturaleza estuvieran conectados —comentó Camila mientras observaba cómo los peces nadaban libremente en el agua.

Don Efraín asintió.

—La naturaleza nos da regalos, pero también espera que los cuidemos.

La familia Mendoza se quedó un rato más en la plaza, observando la escena con admiración. No importaba cuánto intentaran explicarlo, el fenómeno seguía siendo un misterio fascinante.

Cuando finalmente regresaron a la casa de Juan, el cielo comenzaba a despejarse. Las estrellas brillaban con intensidad y el aire se sentía más puro que nunca.

—Este ha sido el viaje más increíble de nuestras vidas —dijo Andrés, mirando el cielo con asombro.

—Y todavía no termina —respondió Camila con una sonrisa—. Aún nos queda mucho por aprender de Yoro. Con el corazón lleno de emoción y gratitud, la familia Mendoza se fue a dormir, sabiendo que aquella noche quedaría grabada en su memoria para siempre.

8 UN REGALO DE LA NATURALEZA

A la mañana siguiente, el pueblo de Yoro despertó con una calma especial. La tormenta de la noche anterior había limpiado el aire, dejando una sensación de frescura y renovación. El sol brillaba con intensidad, y los pájaros cantaban desde los árboles como si celebraran la magia que había ocurrido.

Camila y Andrés fueron los primeros en salir de la casa de Juan. Querían ver si quedaban rastros de la increíble lluvia de peces. Al caminar por las calles de tierra húmeda, encontraron a varios pobladores aún recogiendo los últimos peces y llevándolos al río.

—No todos los peces sobreviven —explicó

LA LLUVIA DE PECES



un hombre mayor mientras colocaba algunos en una cubeta con agua—, pero los que sí, los devolvemos al río para que sigan su ciclo de vida.

Camila observó cómo el hombre caminaba lentamente hasta la orilla del río y liberaba los peces. Varios de ellos, al tocar el agua, comenzaron a moverse con energía, como si supieran que estaban en casa.

—Es increíble —susurró Andrés—. No solo reciben un regalo de la naturaleza, sino que lo devuelven con gratitud.

Juan se acercó a ellos con una sonrisa.

—Eso es algo que siempre hemos aprendido aquí en Yoro. La naturaleza nos da, pero nosotros también debemos cuidarla.

Camila miró a su alrededor. El pueblo, con sus casas de adobe y techos de tejas rojas, parecía aún más hermoso bajo el sol de la mañana. Las flores de los jardines brillaban con colores vivos, y el aroma del café recién preparado se mezclaba con la brisa suave.

—Aquí la gente realmente aprecia la vida —comentó doña Teresa, quien se había unido a ellos.

Don Efraín, el abuelo de Juan, se acercó con su bastón y los observó con una sonrisa sabia.

—En este pueblo, aprendemos a vivir con gratitud —dijo—. Cuando uno vive en armonía con la tierra, la tierra le devuelve sus bendiciones.

La importancia de cuidar la naturaleza

La familia Mendoza pasó la mañana conociendo más sobre la vida cotidiana de Yoro. Visitaban casas donde los habitantes les contaban historias sobre sus tradiciones, sobre la agricultura y la importancia del respeto por la naturaleza.

—Aquí sembramos con cuidado y solo tomamos lo que necesitamos —dijo doña Rosa, una anciana que les mostró su pequeño huerto lleno de maíz, frijoles y tomates—. Si respetamos la tierra, la tierra nos sigue dando.

Los niños ayudaron a recoger algunos tomates maduros y colocarlos en canastas.

—Me gusta la forma en que todos aquí trabajan juntos —comentó Camila—. No es como en las ciudades, donde la gente apenas se conoce.

—Aquí somos una comunidad —respondió

doña Rosa—. Nos cuidamos unos a otros.

Más tarde, Juan los llevó a caminar por un sendero que llevaba a una colina desde donde se podía ver todo el valle. Subieron despacio, disfrutando del sonido del río fluyendo en la distancia y el canto de las aves en los árboles.

Cuando llegaron a la cima, la vista los dejó sin palabras. Desde allí, se veía el río Yaguala serpenteando entre los campos verdes, las montañas cubiertas de bosques y el cielo azul reflejándose en el agua.

—Este lugar es mágico —susurró Andrés.

—Y lo ha sido por generaciones —dijo Juan—. Pero también tenemos que protegerlo.

Doña Teresa asintió.

—Muchas veces damos por sentado lo que la naturaleza nos da, sin pensar en lo importante que es cuidarla.

Camila respiró hondo, sintiendo el aire puro llenando sus pulmones.

—Creo que nunca olvidaré este viaje.

Reflexiones al atardecer

Cuando el sol comenzó a descender en el horizonte, la familia regresó al pueblo. Se

sentaron en el patio de la casa de Juan, observando cómo el cielo se teñía de tonos naranjas y rosados.

—Este ha sido un viaje que nos ha cambiado —dijo don Samuel, mirando a sus hijos—. No solo hemos sido testigos de algo increíble, sino que también hemos aprendido una gran lección.

—Sí —añadió doña Teresa—. La lluvia de peces no es solo un fenómeno natural, es un recordatorio de que debemos vivir en armonía con nuestro entorno.

Don Efraín sonrió.

—Cada año, cuando esto sucede, recordamos que la naturaleza es más sabia de lo que creemos.

Camila tomó la mano de su madre.

—Creo que ahora entiendo lo que decían en el mercado: si recibimos un regalo de la naturaleza, tenemos que tratarlo con respeto y gratitud.

Andrés asintió.

—Sí. Yoro no solo es un lugar donde llueven peces. Es un lugar donde la gente ha aprendido a vivir con el corazón abierto.

Esa noche, mientras la brisa fresca recorría el pueblo y el sonido del río flotaba en el aire, la

familia Mendoza se sintió más conectada con el mundo que nunca antes. Habían venido en busca de una historia y se llevaban mucho más: un nuevo entendimiento sobre la vida, la gratitud y el respeto por la naturaleza.

Y aunque pronto regresarían a casa, sabían que el recuerdo de Yoro y su milagrosa lluvia de peces viviría en sus corazones para siempre.

9 DESPEDIDA CON EL CORAZÓN LLENO

El último día en Yoro amaneció con un cielo despejado y un aire fresco que anunciaba el inicio de una nueva jornada. La familia Mendoza despertó temprano, sabiendo que era su última oportunidad para disfrutar del pueblo antes de emprender el regreso a casa.

Camila y Andrés salieron al patio y observaron cómo el sol iluminaba las montañas cercanas. Las hojas de los árboles brillaban aún húmedas por el rocío de la madrugada, y el sonido del río Yaguala fluía en la distancia, como un recordatorio de la vida tranquila de Yoro.

—No quiero irme todavía —susurró Camila, mirando con nostalgia el paisaje.

—Yo tampoco —admitió Andrés—. Pero al menos nos llevamos un recuerdo que nunca



olvidaremos.

Su madre, doña Teresa, apareció en la puerta con una sonrisa.

—Vengan, Juan nos ha preparado una sorpresa antes de partir.

Intrigados, los niños siguieron a su madre hasta la mesa del desayuno, donde Juan los esperaba con un festín de comida tradicional: baleadas recién hechas, huevos revueltos con chorizo, frijoles fritos y una jarra de café caliente.

—Pensé que deberían probar un desayuno típico antes de irse —dijo Juan con una sonrisa—. ¡Coman todo lo que quieran!

Los Mendoza disfrutaron de la comida con placer, saboreando cada bocado como si quisieran llevarse el sabor de Yoro con ellos.

Después del desayuno, don Efraín, el abuelo de Juan, se acercó con una pequeña caja de madera en las manos. La abrió lentamente y sacó dos pulseras tejidas a mano.

—Estos son pequeños recuerdos para ustedes —dijo, entregándoselas a Camila y Andrés—. Fueron hechas por artesanos del pueblo. Quiero que las lleven como símbolo de su visita a Yoro.

Los niños tomaron las pulseras con gratitud. Eran de hilo trenzado con colores vibrantes: azul, verde y marrón, representando el cielo, la naturaleza y la tierra.

—¡Gracias, abuelo Efraín! —dijo Camila emocionada—. Siempre las usaremos.

—Así, cada vez que las miren, recordarán lo que aprendieron aquí —respondió el anciano con una sonrisa.

Un último paseo por el pueblo

Antes de partir, la familia decidió dar un último paseo por el pueblo. Caminaron por la plaza, saludando a los habitantes que ya los reconocían. El panadero les regaló un pan de yuca para el viaje, y la florista les entregó un pequeño ramo de guarías moradas, las flores que Camila había admirado desde el primer día.

—Para que nunca olviden la belleza de Yoro —dijo la florista con una sonrisa cálida.

Mientras recorrían las calles, los niños volvieron a ver los charcos que aún quedaban de la tormenta de la noche anterior.

—Aquí es donde encontramos los peces —dijo Andrés con asombro, señalando el suelo

húmedo.

—Sí, y aunque ya no hay ninguno, es como si el milagro todavía estuviera aquí —añadió Camila. Juan asintió.

—Eso es porque la lluvia de peces no es solo algo que ocurre una vez al año. Es algo que se queda en el corazón de quienes lo presencian.

El momento de partir

Llegó el momento de despedirse. La familia Mendoza subió a la camioneta y miró por última vez la casa de Juan y el paisaje de Yoro.

Don Efraín se acercó a la ventanilla de don Samuel y estrechó su mano con firmeza.

—Regresen cuando quieran —dijo con voz amable—. Yoro siempre tendrá las puertas abiertas para ustedes.

—Lo haremos —respondió don Samuel con gratitud—. Gracias por todo lo que nos han enseñado.

Camila y Andrés se asomaron por la ventana y agitaron la mano.

—¡Adiós, Yoro! —gritó Camila.

—¡Nos vemos pronto! —añadió Andrés.

Mientras la camioneta se alejaba, el viento sopló suavemente, como si quisiera despedirse de ellos también.

Reflexión en el camino de regreso

El viaje de regreso transcurrió en silencio durante un rato. Cada uno estaba sumido en sus pensamientos, recordando cada momento vivido en Yoro.

Finalmente, Camila habló.

—¿Creen que la lluvia de peces volverá el próximo año?

—Seguramente —dijo don Samuel—. Y habrá nuevas personas para presenciarla, igual que nosotros este año.

—Lo importante no es solo haberla visto —dijo doña Teresa—, sino haber aprendido de ella.

Andrés miró su pulsera y sonrió.

—Aprendimos que la naturaleza es sabia y que debemos respetarla.

—Y que las cosas más increíbles no siempre tienen explicación —agregó Camila—, pero eso no significa que no sean reales.

El paisaje pasó lentamente por la ventanilla mientras se alejaban de Yoro, pero en sus

corazones, sabían que algo de ellos siempre quedaría allí.

Esa noche, al llegar a casa, Camila y Andrés se acostaron en sus camas, aún con la emoción del viaje fresca en sus mentes.

—Este fue el mejor viaje de nuestras vidas —susurró Camila antes de quedarse dormida.

—Sí —murmuró Andrés—. Pero no será el último.

Y con esa certeza, los hermanos Mendoza se quedaron dormidos, soñando con las montañas, los ríos y, por supuesto, con los peces que caían del cielo.

10 UN RECUERDO INOLVIDABLE

Pasaron algunos días desde que la familia Mendoza regresó a casa, pero sus corazones seguían en Yoro. Aunque la rutina diaria volvió a su curso normal, nada era igual después de la experiencia que habían vivido.

Camila y Andrés hablaban constantemente del viaje, recordando cada detalle: el mercado lleno de colores, la historia de don Efraín, el viento que anunciaba la tormenta y, por supuesto, el milagro de la lluvia de peces.

Una tarde, mientras ayudaban a su madre en el jardín, Camila miró las flores con detenimiento.

—Mamá, ¿crees que podemos plantar guarias moradas aquí? —preguntó con curiosidad.

Doña Teresa sonrió y le acarició el cabello.

—Podemos intentarlo. Pero recuerda que no



solo es la flor, sino el lugar donde crece lo que la hace especial.

Andrés, que estaba regando las plantas, se detuvo un momento y suspiró.

—Ojalá pudiéramos regresar pronto a Yoro.

Don Samuel, que había estado escuchando desde la entrada de la casa, se acercó con una sonrisa.

—Yoro siempre estará ahí, esperándonos. Pero mientras tanto, podemos compartir nuestra experiencia con otros.

Camila levantó la vista.

—¿Cómo?

—Podemos contar nuestra historia —respondió su padre—. Explicar lo que vimos, lo que sentimos y lo que aprendimos.

Los niños se miraron entre sí con emoción.

—¡Podríamos hacer un libro! —exclamó Andrés.

—O al menos un diario —dijo Camila, ya imaginando las páginas llenas de dibujos y palabras.

Compartiendo la historia

Esa misma tarde, la familia Mendoza se sentó

en la mesa del comedor con lápices y hojas de papel. Comenzaron a escribir y dibujar todo lo que recordaban: la llegada a Yoro, las historias del mercado, la tormenta y la increíble lluvia de peces.

Cada uno aportó algo único. Camila escribió sobre la belleza del pueblo, las flores y la hospitalidad de su gente. Andrés se centró en la ciencia detrás del fenómeno, explorando las posibles explicaciones de cómo los peces llegaban a las calles. Doña Teresa habló sobre la importancia de la gratitud y el respeto por la naturaleza, mientras que don Samuel explicó cómo las tradiciones y la fe de la gente de Yoro daban sentido al milagro.

Cuando terminaron, leyeron en voz alta sus escritos y miraron los dibujos con orgullo.

—Es un hermoso recuerdo —dijo doña Teresa—. Y algún día, cuando volvamos a Yoro, podremos mostrarles lo que significó para nosotros.

Lecciones para toda la vida

El tiempo pasó y la historia de Yoro quedó guardada en los corazones de los Mendoza. Cada

vez que miraban sus pulseras tejidas, recordaban la enseñanza de don Efraín: vivir con gratitud y respeto hacia la naturaleza.

Camila, inspirada por la experiencia, comenzó a prestar más atención a los detalles de su entorno: el sonido del viento, la forma en que las nubes se movían, el olor de la lluvia antes de caer.

Andrés, por su parte, investigó más sobre el fenómeno. Leyó sobre la posibilidad de peces en ríos subterráneos y corrientes de agua que podrían explicar lo sucedido en Yoro, pero en el fondo, sabía que ninguna teoría podía reemplazar la sensación mágica de haberlo vivido en persona.

Un día, mientras ayudaban en el mercado de su propio pueblo, Camila vio a una anciana comprando frutas y recordó a la mujer del mercado de Yoro que les había hablado sobre la lluvia de peces.

Se acercó con amabilidad y le preguntó:

—¿Alguna vez ha visto algo increíble en la naturaleza?

La anciana sonrió y respondió:



LA
LLUVIA
DE PECES



Y O R O H O N D U R A S

—Oh, muchas veces. Pero lo más increíble es cuando alguien está dispuesto a mirar con el corazón abierto.

Camila y Andrés se miraron y sonrieron.

Sabían que Yoro les había dado mucho más que un recuerdo: les había enseñado a ver el mundo con nuevos ojos, a valorar los pequeños milagros de la vida y a entender que la naturaleza siempre tiene algo que decirnos.

Y aunque no sabían cuándo volverían a Yoro, sabían con certeza que el milagro de la lluvia de peces viviría en ellos para siempre.

FIN

ACERCA DEL AUTOR

Vivo cerca de Blackpool, en el norte de Inglaterra, donde la brisa del mar siempre mantiene las cosas interesantes. Mi aventura con el español comenzó en los años 80 - 00, cuando trabajé junto a personas increíbles de España en la industria de la cerámica. Desde entonces, escribir cuentos en español se ha convertido en mi arma secreta para aprender el idioma con fluidez. Créeme, leer es una de las mejores maneras de aprender un idioma. Las historias crean imágenes en tu mente, lo que facilita recordar nuevas palabras. Además, leer es relajante y muy divertido.

Mis libros están disponibles en mi página web, **readspanish.co.uk** donde comparto historias para ayudar a otros a disfrutar del aprendizaje, tal como lo hice yo. Cuando no estoy escribiendo, me encanta retribuir a la comunidad haciendo trabajo voluntario a nivel local; es importante mantenerse conectado con las personas que me rodean.

En 2021, emprendí una nueva aventura: construir nuestra propia casa de bajo consumo energético en el Distrito de los Lagos. Es un proyecto largo (¡de varios años, de hecho!), pero cuando esté terminado, espero usar ese espacio para seguir publicando grandes libros y, tal vez, inspirar algunas historias más en el camino.

LA LLUVIA DE PECES



The Importance of Reading for Learning Spanish

Learning a new language can feel challenging, but one of the most powerful tools you have is reading, especially stories written specifically for language learners. Books like this are designed to help you build your vocabulary, understand sentence structures, and become familiar with common phrases in a natural, enjoyable way.

When I was learning Spanish, reading short stories played a huge role in my progress. It wasn't just about recognizing words—it was about seeing them in context, understanding how they connect, and discovering the rhythm of the language.

Here's what I've learned and what I encourage you to do:

- **Read out loud.** This helps you practice pronunciation and hear how Spanish sounds.
- **Read again and again.** Repetition is key. The more you see and hear certain phrases, the more naturally they will come to you.
- **Focus on understanding,** not just translating. Try to grasp the meaning of sentences as a whole, rather than word by word.

By the time you finish this book, your understanding of Spanish will be on a whole new level. You'll notice how much easier it is to recognize words, form sentences, and even think in Spanish.

I also have other books like this one, covering different topics that are essential for expanding your language skills.

Remember, reading out loud isn't just helpful—it's the most important part of developing your language abilities. Grammar rules are useful, but without the ability to read confidently and speak clearly, it's difficult to truly succeed.

So, take your time, enjoy the stories, and don't be afraid to make mistakes. Every page you read is a step closer to fluency. **You've got this!**